

GERICHT

Curt Wild

Nunca he sabido si otros ojos se tragaron lo sagrado antes que llegara yo con mis gafas de culo de botella y la promesa de morir asfixiado. Alain decía que no, que era cosa de los escritores con sus velas a medio consumir y una mesa entre su cabeza y el plomo del cielo — que si se hubieran acercado lo suficiente para olerlos se les habría pasado rápido la tontería. No vimos los ángeles, en la carretera. Vimos las delgadas líneas de las cadenas de un matadero —acero y alcohol sanitario, *cuidaos de no manchar nada*. Vimos un cordón umbilical entre el mundo y la hambrienta, ensordecedora nada. Él llevaba munición, y yo carne. Carne viva, por supuesto, pero carne. Setenta y dos quilómetros de silencio antes de hundirse en el abismo —hundirse hasta las pantorrillas, preñarse de un horror que no hay océano capaz de ahogar. Después el viaje de vuelta con los espectros callando contre mi nuca. A veces me giraba solo para ver si desaparecían, pero nunca lo hacían. Buscaban agujeros en el mundo —las manos abandonadas sobre el regazo, o rascando miembros perdidos, o incluso en la boca, los nudillos rojos de tanto roerlos. Si tenían nombres no los pronunciaban. Si tenían vidas las habían perdido como fotografías que se deslizan, un día cualquiera, fuera de la cartera.

Pasado el tiempo, en las tardes huérfanas del armisticio, hablaríamos de aquellos chiquillos —de las costras en sus codos, las picaduras hinchadas de los piojos, los huesos ofrecidos al altar del hambre. Invocaríamos los cuerpos y nunca las almas, por si acaso aún nos reprochaban haber escapado con vida. Pero durante la guerra no había cuerpos ni almas. El nuestro era un purgatorio de combustible y neumático quemado, de parches en las ruedas y callos en las manos, de sueño empapando la boca seca. La única constante eran las veinte yardas vacías delante y detrás —el grito lento e infinito del polvo bajo las ruedas. Íbamos de la nada al mundo y del mundo a la nada como una flota de Carontes cuyo Estigia se había evaporado. Alain decía que era una suerte tener alguien con quien hablar durante los viajes. Él había empezado a charlar con las balas la segunda semana, y ya no había sabido abandonar el vicio. Ni siquiera después de la guerra, cuando volvimos a nuestras casas ajenas y andamos por sus espejos como fantasmas, consiguió hacerlo. Tenía un revolver en el cajón de la mesilla de noche y de vez en cuando lo sacaba y lo limpiaba con el celo de un hacedor de relojes o un asesino. Después volvía a guardarlo, sin utilizar, junto a la Biblia y mi mechero. Yvonne solo se dio cuenta una noche que se desveló y se lo encontró en el comedor con el arma en las manos. Me dijo que le hablaba como a una amante —que oyéndolo desde tras la

puerta creyó que lo encontraría en brazos de una mujer bellísima, de ojos negros. Dijo que a ella le había hablado así, años atrás. Que tenían un árbol secreto, y que en el árbol había un hueco, y que imaginaba que sus viejas cartas habían salido volando —motas o polillas en llamas— cuando lo había alcanzado la aviación.

Los primeros meses nos jugábamos la ración de cerveza apostando a quienes eran veteranos y quienes no. Yo siempre escogía los que parecían más viejos de lo que eran —pero con una vejez amarga y destilada, que incineraba las palabras al bajar por el cuello. Alain simplemente señalaba los brazos perdidos. Después pasaron los meses y las últimas levas trajeron jóvenes que tenían algo de niños y algo de muertos, con la marca de Caín donde una bala corría ya hacia sus frentes. La niñez había estallado a sus pies y llevaban sepultada en el cuerpo su metralla —era mejor no mirarlos demasiado. Hubo un momento en que dejé de buscar a Maurice entre ellos. Si fue un instante o el resultado de un desliz lentísimo fuera de mí mismo, no sé decirlo. Quizás fueron los telegramas naufragando en un charco, el papel — el papel desmigajándose—, tinta corriendo hasta abandonar la metáfora —tinta que era sangre, sangre en el barro, en las botas, en los paños dejados a secar—, la lluvia salada por el sudor y el metal, un mar, un mar desplomándose —no lo he visto nunca, el mar—, el mar y en su centro la ballena —el vientre abierto, las vísceras desparramadas—, la ballena y los hombres corriendo morir a sus entrañas. La cuestión es que dejé de buscarle. Era más fácil tener un hijo muerto que verlo desfilar por la lengua de la ballena. Ahab o Jonás, incluso si volvía sabía que no lo haría del todo vivo. Nunca le hablé a Alain de él. Dejaba que me contara historias de su pequeña como solo lo puedes hacer con alguien que no es padre — zumo de cereza, pájaros caídos del nido, coleópteros iridiscentes posados en el dorso de una mano. *No llorará por nosotros, decía, pero sí por las cochinillas que no le dejé meter en su cama.* No llevaba ninguna fotografía de ella, solo un dibujo de algo que podría ser un insecto o un tanque. Cuando le pregunté, después de la guerra, qué se había hecho de él, se encogió de hombros y cambió de tema. Tenía ya el cristal en los ojos —canicas, vitrales en catedrales derruidas. Yvonne se refería a ello como un tipo especial de ceguera. Sonreía, se secaba las manos en la falda, encontraba algo que hacer en cualquier otra parte de la casa. Había sido enfermera durante la guerra y había vuelto con la muerte como cal sobre la piel. Se sentaban, Alain y ella, uno delante de otro en la mesa. Comían en silencio. Ambos me habían confesado que en aquellos momentos deseaban levantarse y abrir las ventanas para comprobar que aquel vacío era suyo y no el mundo quedándose súbitamente sin aire.

Maurice murió en Somme, en una de las ambulancias de los americanos. Durante años me pregunté si hubo alguien para consolarlo o si la canción de una lengua ajena lo acompañó al cielo. También Alain había estado en una de aquellas cajas con ruedas, aunque lo dejó sin oreja y no bajo tierra. Una mañana había salido a mear al bosque y cuando volvió chorreaba rojo —los ojos blancos, demasiado abiertos. Se lo habían llevado enseguida. Decía que dentro había uno de los nuestros estirado en una camilla, con los intestinos abiertos como crías de pájaro pidiendo comida. Estaba despierto aún, y agarraba la mano de un chico americano como si le fuera la vida en ello. Las húmedas quejas de la anatomía eran casi tan fuertes como sus intentos de hablar. Tardó casi dos horas en morir entre jeringas y líquidos amarillentos. El mismo chico de antes aún estaba a su lado. Alain juraba que se inclinó sobre el cuerpo, cerró los ojos y dijo algo que no se llegó a entender. Bajito, como una plegaria. Después el americano salió de la ambulancia y se oyeron gritos y no volvió a verlo. Era una de sus historias favoritas, porque no tenía moraleja. Nadie debería haber muerto —pero lo hacían, todos lo hacían.

Imagino que pensaba en ello cuando una tarde de diciembre limpió el revolver con el cuidado de siempre, cargó una bala y se mató. Hacía tiempo que la guerra había terminado, y ya nadie tenía ganas de recordar los setenta y dos kilómetros pegados como pez a nuestros pulmones. Quedé yo, y el silencio, y la cal. De vez en cuando soñaba en una carretera que no terminaba nunca —que avanzaba, infinita, invencible, hasta el fin de todas las cosas. Conducía por ella sin miedo porque delante de mí, a veinte yardas de distancia, estaba el camión de Alain. Sacaba la mano para saludarlo. Al cabo de unos segundos la suya me respondía. Era entonces que todo, por un instante, volvía a valer la pena.